ALUMNO DE HUMANIDADES

Me pareció que había dado un gran salto hacia arriba en la jerarquía escolar, cuando en lugar de alumno de Gramática pude decir:—Soy alumno de Humanidades,—aun cuando no comprendiese nada del significado en que se usaba aquella palabra; más bien, precisamente, porque no lo comprendía: cosa frecuente, aun entre los mayores.

Había entrado aquel año en las escuelas una hornada de profesores nuevos, la mayor parte jóvenes y animosos; tres de ellos en mi curso, que correspondía al cuarto año del Gimnasio actual. Sólo el profesor de literatura italiana y latina no era ni joven ni de valer, si bien no carecía ni de cultura ni de buena voluntad; era uno de los muchos profesores á quienes falta el arte especialísimo de la enseñanza, que rara vez se encuentra perfecto, aun entre

los hombres de gran levadura, como las voces de tenor; tanto que yo dudo que Dante hubiera sido un buen profesor de Liceo (Instituto). Á éste, además, no sólo le faltaba la inspiración, sino también en absoluto el calor de humanidad; una tenca fría le hubieran llamado en Toscana. En este respecto era un verdadero original, y por esto hago su boceto.

Él enseñaba la literatura como habría enseñado la contabilidad; ninguna cuestión de arte ó de historia literaria, ninguna belleza poética le hacía salir ni por un momento de su beatífica quietud, ni alteraba la grave monotonía de su voz, que se asemejaba al rumor de una máquina de coser, ni la placidez inmóvil de su buena cara de padre guardián. Y de esta manera obtenía efectos maravillosos. Parecía como si con su voz se extendiese en la clase una exhalación continua de cloroformo, que adormecía los espíritus más vivos, domaba poco á poco los temperamentos más inquietos y obtenía una disciplina de convento. En los años sucesivos conocí otros varios profesores de la misma índole; pero ninguno como él dotado de un poder soporífero tan grande. Estaba contento con nosotros, decía que

éramos unos discípulos tranquilos. Ya lo creo: él mataba todo espíritu de rebelión como por arte mágico. Pero dejo á cada cual que imagine qué buen pro obtendrían la literatura italiana y la latina servidas con semejante salsa de adormideras.

Había sin embargo, quien nos despavilase: el profesor de Aritmética, un hombrecillo que parecía un manojo de nervios, con hermosa cabellera rizada, elegantísimo, lleno de ingenio y de azogue, que llegó á alcanzar renombre en las matemáticas. Enseñaba admirablemente; pero era impaciente como un potrillo y rabioso como un gallo andaluz. Inclinado á pegar, por su naturaleza violenta, se contenía por prudencia y también por buena educación, y así había encontrado para desahogarse, algo intermedio entre el golpe, que estaba prohibido, y los fuertes epítetos, que no le bastaban: el pellizco. Mas no el pellizco sencillo, que hubiera sido una caricia, sino una especie de pellizco rotatorio.

Cuando el alumno que salía á la pizarra no comprendía sus explicaciones, se levantaba, le cogía el brazo por debajo del hombro con el índice y el pulgar, y apretaba y retorcía al mismo tiempo hasta que el

alumno comprendía. En esta práctica, que venía ejercitando hacía algunos años, sus dedos habían adquirido una fuerza de tenazas. Era idea suya la de que las matemáticas se debían inocular de aquella manera, como la vacuna. Á los dos meses de clase casi todos estábamos señalados; tanto que al llegar los primeros calores, cuando íbamos á bañarnos al río, sus alumnos se reconocían entre todos los de las otras clases, en la marca, como los caballos de las piaras argentinas; y entre ellos se podían distinguir en la mayor ó menor extensión é intensidad de color de los cardenales, el diverso grado de disposición que tenían para la ciencia. Y no obstante esto, todos le querían, porque de su enseñanza todos sacaban partido. Él nos hacía ver las estrellas, y á la vez comprender la Aritmética; y era justo, porque pellizcaba con igual energía á los señoritos que á los pobres infelices. Por nada del mundo hubiéramos querido cambiar por un profesor de mano más suave, pero de método didáctico menos eficaz: tan grato es á la juventud estudiosa el que le facilita el estudio, aunque le torture las carnes.

Otro profesor notabilísimo, casi per-

fecto, era el de Historia, el cual probaba admirablemente con los hechos, cómo el mejor medio de tener disciplina es la firmeza de carácter y la dignidad de maneras. Él tenía todos los días el mismo semblante y el mismo humor, como un hombre en quien no pudiera nada la pasión; no pellizcaba, no gritaba, casi ni reprendía siquiera. Y, sin embargo, creo que si hubiera dado clase el mismo rey de Italia, no habría obtenido un silencio más grande y un mayor respeto. En cuanto él entraba en la clase, ya no respiraba nadie; una mirada severa bastaba para meter en cintura á los más audaces; no le oímos en todo el curso decir una palabra más alta que otra. Y sus lecciones eran agradables, si bien ligeramente coloreadas de retórica y dichas con entonación un tantico «predicatoria».

Para hacerle respetable y simpático, ayudaba mucho también su aspecto, porque era el más excelente profesor de la familia, un joven guapísimo, de elevada estatura y de aire majestuoso, vestido siempre con gran elegancia y privilegiado por su cabellera y barba de color de oro, que el bello sexo admiraba, y eran la envidia de la juventud brillante de la ciudad.

No dejaba traslucir, sin embargo, por esto, la menor señal de complacencia vanidosa ó de orgullo; pues si tenía algún defecto, era el de no regocijar jamás su clase con una sonrisa, ni permitirse una broma, mas que rarísima vez, y siempre que hiciera relación á la Historia, y dicha con la gravedad de un magistrado. Le temíamos, y sentíamos todos entusiasmo por él; así que una palabra suya de alabanza, un *bien* ó simplemente una señal de aprobación con la cabeza, proporcionaba, aun á los más apáticos, satisfacción grandísima. Recuerdo que sentí aflicción, remordimiento de conciencia y vergüenza, cierta vez que contestó á mi padre, que le pidió informes: —Podría hacer; pero, ¡es tan distraído!— Desde aquel día estuve en clase como una estatua.

Precisamente lo opuesto á él era el profesor de Francés, un pobre de espíritu, una efigie de capataz de campo, como de cincuenta años, regordete y sanguíneo, que no podía estarse quieto un minuto, y á quien atormentábamos bárbaramente, yendo de una vez ocho ó diez alrededor de su mesa, Gramática en mano, con la mala intención de pedirle explicaciones, todos á la vez y

en alta voz. Cuando comprendía el juego, perdía el juicio, se ponía en pie, empezaba á repartir puntapiés á todos y á perseguirnos, saltando y dando vueltas por la clase sin cesar de pegar y enfurecido como un mulo, hasta que iba á desplomarse en la silla agotado y convulso, llamándonos bellacos y bandidos. ¡Pobre profesor! Y llevaba, para desgracia nuestra, unos zapatones de montaraz, que nos levantaban del suelo como pelotas de goma, dejándonos las huellas de las tachuelas en los alrededores del hueso sacro. Pero, no había modo de que por ningún lado nos hiciera entrar el francés. La culpa era menos de él que de la estúpida costumbre, que aún no se ha perdido por completo, de no dar en las escuelas la importancia grande que tiene esta lengua, necesaria á todos; la cual muchos tienen que estudiar más tarde atosigadamente por necesidad, aprendiéndola mapara siempre, y después de haber hecho una larga serie de figuras ridículas.

TENORCILLO FALLIDO

Me distrajo del estudio desgraciadamente en aquel invierno, la resucitada ilusión de tener una hermosa voz de tenor, gracias á la cual á los dos años dejaría la filosofía para dedicarme á la música. La idea del cambio no me causaba terror. Este episodio de mi adolescencia es el que, al recordarlo ahora, me hace reir con más gusto que ninguno. «Resucitada» ilusión he dicho, porque ya la había tenido mucho tiempo antes, desde que oí decir, siendo pequeño, que tenía una hermosa voz, especialmente á mi madre, que con frecuencia me hacía cantar. Pero nunca llegué á hacer caso de aquel supuesto dón de la naturaleza. Nació en mí la pasión por el canto y la esperanza de poder hacer fortuna con la voz, en aquel invierno en que mi padre me llevó varias veces á oir la Ópera; y fué un verdadero

frenesí, como el de los soldados y el de la pintura, que sólo duró meses.

Solfeaba todo el día en casa, por la calle y por las escaleras de la clase, y hasta en el teatro, mientras cantaban mis maestros; y en los sitios y momentos en que pudiera no ser oído, cantaba con cuanta voz tenía en el cuerpo, como si me pagasen ya cinco duros por nota. Tenía una vocecilla pasadera, pero era una miseria; y además carecía de oído y desentonaba como un borracho. Comprendía bien que, tal como era mi voz, no merecía siquiera que la cultivara por mero entretenimiento, ni por el timbre, ni por la extensión. Pero con la maravillosa facilidad que tuve siempre de engañarme á mí mismo, me persuadí que al cabo de pocas semanas tendría cuanta voz quisiera. Me decía:—En cuanto deje de fumar, vendrá;—luego:—en cuanto no beba más que agua;—después:—cuanto no pruebe los dulces, que son la verdadera causa de mi ruina—y por más que después de cada experiencia siguiera chillando como un pájaro á quien le despluman vivo, sin embargo, persistía en esperar, achacando la falta, bien á un constipado, bien á una inflamación de la garganta, bien á haber forzado demasiado el fuelle.

Esta pasión por el canto traía consigo un cortejo de otras menudas ridiculeces. No sólo me pasaba haciendo números de la mañana á la noche, sino que imitaba el paso y los ademanes de los cantantes; no sólo aprendía de memoria, sino que copiaba caligráficamente los libretos de las óperas; y no solamente cantaba en la ciudad, sino que para desahogar más desenfrenadamente mis fuerzas vocales, hacía de propósito excursiones por el campo, donde me ponía á ladrar á los árboles horas enteras, espantando á los pájaros de todas partes. Mas ¡ay! (la interjección es imitativa) no ganaban nada con estas pruebas ni la tráquea, ni el oído; al contrario, poco á poco se iba malgastando aquel hilo de voz, que no era enteramente desagradable antes de que me entrase la manía de querer ser un tenor.

Por último, tanto se burlaron de mí mis compañeros, que me llamaban cerrojo mohoso y gallo despeluznado, y vi, entre los de mi familia, señales tan manifiestas de hastío de aquel diluvio de notas falsas con que llenaba la casa, que me

convencí de que tenía que renunciar á la «carrera lírica», y desmonté el organillo.

Mas si perdí todas las ilusiones respecto de mi voz, me quedó siempre un gusto tan vivo, más bien, una pasión tan fuerte por el canto, que ahora mismo una nota dulce y poderosa me hace palidecer de emoción, una voz hermosa que oiga de noche por la calle, me hace seguir al cantante aunque sea una legua, y es la voz el dón de naturaleza que después del ingenio, envidio más á quien lo posee. Tengo el canto por uno de los medios más eficaces de educación del alma y lo tengo por uno de los consuelos más dulces de la vida.

EL CINCUENTA Y NUEVE

Habiéndose extinguido la furia por ser tenor, tuve otra y muy poderosa distracción de los estudios que, por fortuna de Italia, duró bastante más tiempo que la otra.

El golpe más funesto al latín, lo dió en aquel año escolar, Víctor Manuel; y precisamente el primero de Enero, con el discurso memorable del «grito de dolor».

Penetró desde ese día entre los estudiantes un espíritu de divagación patriótica, que no lograron enfrenar siquiera los profesores de mayor autoridad, antes bien, por el contrario, lo sobreexcitaron, aun en sus conferencias, con alusiones á los sucesos y con digresiones políticas, que rebosaban de sus labios como el vino espumoso de la botella. Habíase difundido por los aires olor de pólvora; el toque de las corne-